

"El Correspondant de Paris"

(Hoja autógrafo semanal, para el servicio de la prensa hispano americana)  
Redacción y Admón: 37 y 19 rue Mauberge.  
Paris.

Año 11. - Núm: 75.  
Paris 8 de Setiembre, 1889.

Sumario. - Ojeada a la situación: Siguen los preparativos. Monárquicos y republicanos. El boulangismo en Paris. Pronósticos reservados. - Extranjero: Terrible catástrofe. La huelga de Londres. - Miscelánea: Las mujeres periodistas. Paris y la Exposición: Los Delegados italianos. Los hombres de ciencia y los hombres de Estado.

A juzgar por el aspecto que presenta en los actuales momentos la gran capital, más que nunca animada por la afluencia extraordinaria de forasteros que a ella han venido con objeto de visitar su maravilloso certámen, nadie diría que Paris y Francia entera se hallan en pleno período electoral.

No quiere esto decir que los partidos no trabajen con alitico preparándose para la lucha decisiva que va a tener lugar dentro de quince días; pero la verdad es que la Exposición lo absorbe todo y nada es bastante para arrebatarse al gran concurso la supremacía indiscutible que ejerce en el ánimo de todo el mundo, aun en estos momentos en que, por la proximidad de las elecciones, parece que no debiera hablarse ni hacerse aquí otra cosa que más o menos directamente no estuviera relacionada con el próximo escrutinio.

En los barrios extremos de la ciudad, sobre todo en aquellos donde las candidaturas del general Boulanger y de sus más allegados y amigos cuentan con más probabilidad de triunfo, no pasa día sin que se celebren reuniones contradictorias cuyo objeto no es otro que el de hacer el elogio del candidato que se presenta a solicitar el voto de los electores del respectivo

distruido; pero eran reuniones, celebradas hasta hoy sin grandes incidentes y de las cuales, precisamente por esta razón, apenas si se ocupan los periódicos, pasan poco menos que ~~desapercibidas~~ <sup>inadvertidas</sup> aquí en París, donde, como antes decimos, el bullicio de la Exposición lo llena y absorbe todo a pesar de la importancia decisiva que reviste la lucha electoral a que estamos abocados.

Donde era lucha se presenta más en evidencia e indudablemente en el fondo de los departamentos. Allí es donde se discute con verdadero calor, y de allí es de donde parten las más envenenadas saetas. Hay que confesar que lo mismo los monárquicos que los republicanos, de todos matices se batan con admirable energía. ¿Quiénes son los que van a llevarse la palma en la ~~descomun~~ futura contienda? Difícil sería predecirlo, a juzgar por el entusiasmo con que cada agrupación política se atribuye anticipadamente la victoria.

En favor de los republicanos, sin embargo, - y un sentimiento de imparcialidad nos obliga así a reconocerlo - milita una circunstancia que, de persistir, es en nuestro humilde concepto la que va a dar verdadero empuje a la acción decisiva de las elecciones; y es que a medida que el día del escrutinio se acerca, las antiguas discordias van desapareciendo para dar paso a un sentimiento de unión como jamás lo habíamos presenciado igual desde que los azares de la política nos trajeron a este hospitalario país, tan trabajado de algún tiempo a esta parte por la volátil suerte. Este sintoma es de un excelente augurio para los republicanos y sería empuro baldío por parte de los elementos monárquicos tratar de desconocerlo. Cabe ahora hacer esta pregunta: ¿seguirán en sus propósitos de unión los republicanos hasta el momento decisivo de la lucha? Los más pesimistas creen que no, en cuyo caso - el triunfo de los boulangistas y de los monárquicos nada tiene de inverosímil; pero nosotros entendemos de distinta manera, y somos de los que creen a pie juntillas que los republicanos olvidarán por completo sus antiguas querellas en el instante supremo, sacrifican

dolo todo, amor propio y diferencias secundarias de agrupacion o de partido, para asegurar la victoria decisiva de sus candidatos contra la avalancha formidable que se les viene encima dispuesta a acabar con ellos y con los destinos hasta ahora fluctuantes e indecisos de la tercera Republica.

+ + +

Dejando a parte el aspecto general que presentan los preparativos de la lucha en estos momentos, el hecho más culminante que ofrece la semana politica que acaba de transcurrir es la carta dirigida por el general Boulanger al presidente del Consejo de ministros manifestándole que se halla dispuesto a regresar a Francia y a ponerse a las órdenes del gobierno para responder de las acusaciones que pesan sobre él siempre y cuando ese mismo gobierno le ofrezca garantizar su completa libertad hasta su condena o absolucion definitiva por el tribunal competente.

Esto es sencillamente absurdo, y prueba hasta la evidencia hasta que punto el general Boulanger - y con él cuantos le siguen o le aconsejan - ha descendido de su pedestal, y cuanto ha perdido de sentido comun y de razonado criterio. El general Boulanger ha sido condenado por el alto tribunal de justicia y el gobierno no puede ni debe, so pena de anularse, dejar sin efecto las inmediatas consecuencias del fallo por aquel pronunciado. Ciertamente con la presentacion del ex-ministro de la guerra ese fallo quedaria ipso facto anulado, por lo mismo que dicho tribunal hubo de dictarlo en virtud de la contumacia de que el general se ha hecho reo dejando de comparecer cuando ha sido llamado; pero siempre quedaria el mismo alto tribunal competente para recomenzar la instruccion del proceso y estatuir sobre los hechos que del mismo resultan, cosa en un todo contraria a lo que, aun muy recientemente, ha declarado el general Boulanger en uno de sus multiples manifiestos. Para el general, en efecto, el alto tribunal de justicia es incompetente para juzgarle. El gobierno profesa en este punto una opinion diametralmente opuesta; ha sido, pues, sencillamente absurdo dirigirse como se ha dirigido al general al presidente del Consejo de

(4)  
ministros proponiéndole su comparecencia a condición  
de que entienda del proceso un tribunal distinto  
del que le infligió recientemente la deportación  
perpetua.

A consecuencia de dicha carta del general Bou-  
langer, ha cobrado nueva consistencia los rumores que  
circularon días atrás, y de los cuales nos hicimos eco  
nosotros, relativos a que el ex ministro de la guerra ha-  
bia resuelto regresar a Francia quand même, cediendo  
al fin a los consejos de Mr. Laguerre y a la necesi-  
dad de Apelar a un golpe supremo de audacia  
para reanimar el espíritu algo abatido de las diezma-  
das huestes boulangistas.

Siempre creímos nosotros que este era el único  
medio que le quedaba al general para rehabilitarse  
algo al frente de sus partidarios. Lo que hay es que  
la cosa ofrece serios peligros, y la verdad es que  
Mr. Boulanger - sin que con esto queramos decir que  
carezca de valor - ha demostrado en estos últimos tiem-  
pos tener el instinto de la Conservación muy arran-  
gado. Veremos si se decide al fin. En caso afirmati-  
vo, cosa que nos permitimos poner todavía en cuaren-  
tina, aprestémonos a ver grandes cosas en Francia. ¿Es  
que quizá no eventan ya con ellas los que pretenden  
variar su situación política? Por ventura no existen  
en Francia aquellos que encuentran buenos todos los  
medios para llegar al fin? No hemos de tardar  
mucho en salir de nuestras dudas.

Poco, muy poco ofrece la crónica extranjera  
de esta última semana. En el orden político puede  
decirse que es completamente nulo y sin ningún in-  
terés lo que estos días han registrado los periódicos. No  
hemos de ser nosotros más papistas que el papa, como  
se dice communmente, y por tanto haremos aquí pun-  
to final, refiriéndonos únicamente a la terrible  
catástrofe ocurrida en Arverny por consecuencia  
de la explosión de una fábrica de Cartuchos, y a  
la formidable huelga de la capital de Inglaterra  
cuyos dos hechos son los solos que han teni-  
do el privilegio de interesar la opinión, como  
carga de esos movimientos y pesados escarceos a que

suele entregarse ordinariamente la prensa hablando de la política europea y de los peligros más o menos inmediatos de una conflagración en el viejo continente.

Respecto del desastre ocurrido en Anvers, nada podemos decir a nuestros lectores que no haya sido adelantado por el telégrafo, que es la verdadera pesadilla de los corresponsales. Por lo demás, cuantas consideraciones hiciéramos, tratando de establecer la responsabilidad de un hecho sobre el cual no han podido precisarse aun las verdaderas causas que lo han producido, estarían demás en este sitio; y por este motivo preferimos guardar silencio sobre este punto, contentándonos a lamentar desde el fondo de nuestra alma que se vean con tanta frecuencia semejantes catástrofes hoy que la ciencia tiene tantos medios para prevenirlas y, por tanto, para evitarlas. ¿Cuándo será que los gobiernos y la administración en general tendrán mayor solicitud para asegurar la existencia de los pobres obreros?

En Londres continúa con más pujanza que nunca la huelga general de los trabajadores dedicados a la carga y descarga de buques. El número de huelguistas elevase ya a la considerable cifra de ciento ochenta mil y todo hace creer que antes de poco los inmensos docks que bordean las orillas del Támesis quedarán completamente desiertos, si los propietarios y armadores no se deciden al fin a hacer a las reclamaciones de los huelguistas las debidas concesiones.

En Inglaterra va curdiendo entre las mujeres la afición a las ingratas tareas del periodismo.

Hé aquí dos noticias que han traído últimamente los periódicos de la vieja Albion:

La princesa Christiane de Schleswig-Holstein, hija de la reina Victoria va a publicar una serie de artículos en un nuevo periódico ilustrado inglés cuyo primer número debe ver la luz próximamente.

Miss Elena Gladstone, conocida ya de antiguo por sus trabajos literarios, piensa dedicarse también al periodismo, habiendo anunciado ya su próximo

aparición en el mundo militante uno de los diarios de más circulación en Inglaterra. Miss Elena Gladstone se ocupa muy especialmente en los asuntos que se relacionan con la educación de la mujer. Sus trabajos son de mucha estima, y su entrada en el periodismo ha sido saludada con gran regocijo por todos los hombres pensadores de la gran Bretaña.

\*\*\*

A medida que vamos acercándonos a la estación otoñal y, por tanto, a la época de la repartición de los premios del gran Certamen, París va desbordando, cada día más, de forasteros, y la Exposición va ofreciendo a las innumerables caravanas que la visitan nuevos y más brillantes atractivos.

De todas partes llegan Delegaciones para visitar y estudiar el maravilloso Concurso. De Italia llegaron últimamente grupos numerosísimos de Delegados obreros, los cuales han sido obsequiados con esplendor por sus compañeros de París y por el Consejo municipal, demostrándose con ello el espíritu de confraternidad que existe entre los dos pueblos francés e italiano, a despecho de las exigencias no siempre lógicas de la diplomacia y de la política.

De nuestra España, de Barcelona, llegó también un grupo considerable de obreros subvencionados por el municipio de aquella hermosa capital del Principado con objeto de estudiar los progresos del gran Certamen. Esos dignos representantes del trabajo han sido así mismo magníficamente recibidos. El Consejo municipal de París les tiene preparados para el próximo jueves una brillante recepción, a la que no faltaremos para dar cuenta de ella a nuestros lectores.

París está albergando en estos momentos a una proción de eminencias: Mr. Edison, el gran inventor; Mr. Nordensköld, el célebre explorador sueco; Mr. Gladstone, el ilustre hombre de Estado, etc. Sería cosa de no acabar nunca si quisiéramos dar la lista completa de los hombres eminentes que aquí se han dado cita. ¡Qué gloria para París! ¡Qué orgullo para Francia!

Arturo Vinardell Roig